



# BIBLIOTHECA MEXICANA

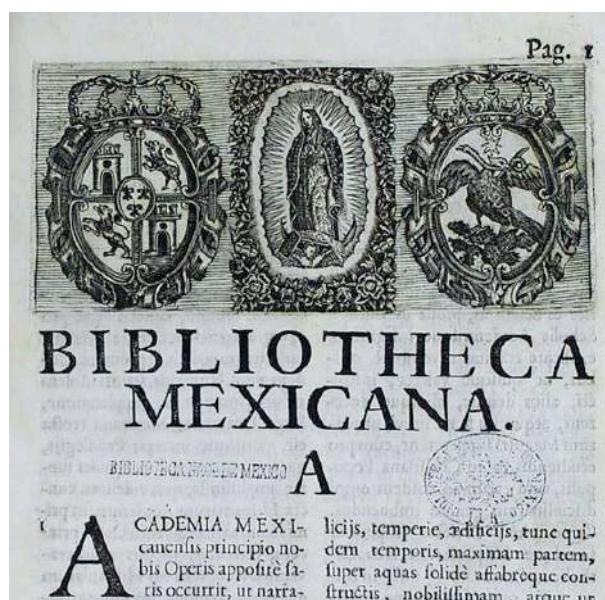
Ensayos académicos en las líneas  
de investigación del Instituto de  
Investigaciones Bibliográficas

## FOTO DE FAMILIA: JUAN JOSÉ DE EGUIARA Y EGUREN Y LAS BIOBIBLIOGRA- FÍAS DE INTEGRAN- TES DE LA ACADEMIA DE SAN FELIPE NERI EN LA *BIBLIOTHECA MEXICANA*

Laurette Godinas

A muchos les podrá resultar extraña la afirmación que José Mariano Beristáin de Souza desliza en la entrada que reserva a su modelo bibliográfico, debidamente identificado —no sin un velo de crítica imposible de ignorar en el “Discurso apologético” con el que da inicio a su *Bibliotheca hispano americana septentrional*— al decir que Juan José de Eguiara y Eguren sería “digno de ocupar uno de los primeros lugares de esta *Bibliotheca* si el orden alfabético no le destinara éste”.<sup>1</sup> Comprensible como una expresión hiperbólica de respeto por el modelo, esta frase encierra en el fondo una remisión referencial a una realidad de *dispositio* pocas veces comentada en los numerosos estudios sobre la *Bibliotheca mexicana* de Eguiara: un repertorio latino de biobibliografías enlistadas por nombre de pila de sus autores o de las instituciones descritas. La obra eguiarense comienza —después de 20 largos prólogos ricos en información de toda índole sobre la producción cultural de las Indias occidentales, y en par-

ticular del extenso territorio del Virreinato de Nueva España, y antes de desgranar los nombres de pila empezando por “Alexander”— con dos entradas de sumo interés (aunque las traducciones accesibles no rescaten esta ordenación): “Academia mexicanensis” o “Universidad de México” y “Academia Sancti Philippi Nerii Mexicea”, traducida como “Colegio de San Felipe Neri”.<sup>2</sup>



Juan José de Eguiara y Eguren, *Bibliotheca mexicana*, Mexico, Ex nova typographia in aedibus authoris editioni eiusdem Bibliothecae destinata, 1755, 1.

Esta forma de iniciar el repertorio bibliográfico parece evidenciar una decisión eguiarense que apunta hacia la necesidad de una lectura colectiva de la *Bibliotheca mexicana*. El concepto de “biobibliografía” que empleamos para referirnos a las entradas de la *Bibliotheca mexicana* es un término genérico que refleja la forma en la que Eguiara las presenta en su prólogo vigésimo: remite a “sujetos nacidos en nuestra América” y “que habiendo visto la luz en otras partes pertenecen a ella por su residencia o estudios”,<sup>3</sup> apunta a que siempre que ha podido ha dado cuenta de “la nación y patria de los escritores”<sup>4</sup> y, de cierta

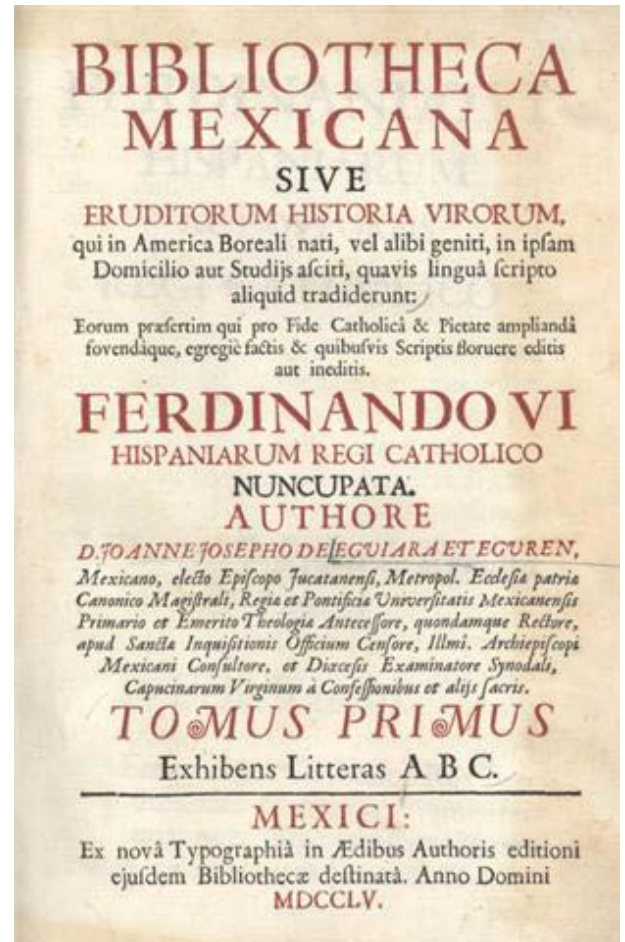
“ El concepto de “biobibliografía” que empleamos para referirnos a las entradas de la *Bibliotheca mexicana* es un término genérico que refleja la forma en la que Eguiara las presenta en el prólogo vigésimo...

”

manera, anticipa el reproche que se le podría hacer de un tratamiento demasiado minucioso de los hechos y virtudes de los escritores al aludir a excesos similares en varios modelos en los que la obra se ve “a cada paso íntimamente unida con la enumeración de los libros las particularidades bibliográficas de quienes las escribieron”.<sup>5</sup> No obstante, no cabe duda de que la posición primordial de las dos academias —que serán acompañadas a lo largo del texto por otros varios “sujetos colectivos” productores de bibliografía (concilios, conventos, iglesias)— pone en relieve la preponderancia de dos instituciones educativas: la academia en el sentido más escolástico, es decir, la Real y Pontificia Universidad de México, y otra “academia” en el sentido más acotado de “junta o congreso de personas eruditas que se dedican al estudio de las buenas letras y a tratar y conferir lo que conduce a su mayor ilustración”, la de San Felipe Neri.<sup>6</sup>

La más extensa de estas dos es la primera, en la que Eguiara, quien además de bibliógrafo fue catedrático de la Universidad, luce su erudición señalando la antigüedad de la institución mediante citas profusas de Cervantes y Salazar en el diálogo que dedica a la institución en sus *Dialogi* de 1554. Por supuesto, dar inicio a una revisión de la producción intelectual de Nueva España con esta academia es para Eguiara la manera de apuntalar, justo dos siglos después de su fundación —la Universidad se funda en 1555, la *Bibliotheca mexicana* se publica en 1755— la importante contribución de la Real y Pontificia institución en la construcción de esta *Bibliotheca mexicana* que tiene como subtítulo “historia de los varones eruditos que habiendo nacido en la América Septentrional o visto la luz en otros lugares pertenecen a ella por su residencia o estudios y escribieron alguna cosa no importa en qué idioma; y en especial aquellos que se han destacado por sus hechos insignes o

por cualquier clase de obras, impresas o inéditas, encaminadas al progreso y fomento de la fe y piedad católicas”.<sup>7</sup>



Portada de la *Bibliotheca mexicana* de 1755.

Esta defensa la había expresado Eguiara ya diez años antes en el prólogo a sus *Selectae dissertationes mexicanæ*, que vieron la luz en 1746, al apostar explícitamente por el gentilicio “mexicana” para calificar sus aportaciones a los estudios teológicos.<sup>8</sup> Aunque este énfasis no representa en sí nada extraño en función de la poética eguiarense explicitada desde el subtítulo —que acota la inclusión de sujetos a su formación erudita y su fe católica—, sí lo es el uso del adjetivo



“mexicanensis”, el cual contrasta con el “mexicana” del título general de la obra. Al respecto de este último, Eguiara comenta en el ya mencionado prólogo número xx que emplea este adjetivo porque se deja guiar por “la costumbre geográfica en virtud de la cual se designa a toda esta región con el calificativo de mexicana, tomado del nombre de su más famosa y principal ciudad”,<sup>9</sup> incluyendo a todo el extenso virreinato de Nueva España. La primera academia, sin embargo, lleva por epíteto “mexicanensis”, tal vez con la idea de acotar por contraste en la geografía su influencia a Ciudad de México y no a la América septentrional,<sup>10</sup> una afirmación que se ve corroborada por el uso distintivo de “ecclesia **mexicanensis**”, para referirse a la Catedral de México, y los consecutivos “concilium **mexicanum**” I, II y III (el énfasis es mío).

La segunda academia, a la que se refiere en el texto latino como “Academia Sancti Philippi Nerii Mexicea”, es sin duda en la que más me interesa ahondar en este espacio textual. De forma un tanto desafortunada, la única traducción que circula del texto eguiarensis —que contó con la traducción de Benjamín Fernández Valenzuela bajo la dirección de Ernesto de la Torre Villar— presenta a esta academia con la cabeza de entrada “Colegio de San Felipe Neri”. Se trata de una denominación de gran imprecisión, pues no permite vislumbrar a primera vista la relevancia de esta segunda institución a la que seguirán poco menos de 700 entradas biobibliográficas antes de la serie de “concilios” con los que cierra el tomo I. No está demás recordar que éste fue el primer y único tomo que alcanzó Eguiara a formar en la imprenta que adquirió para la publicación de su obra maestra, la cual llevaría, durante más de 20 años, el nombre de Imprenta de la Bibliotheca Mexicana (el resto de las entradas, que cubren de la “D” a la “J” en el nombre de pila, se plasmaron en cuatro manuscritos hoy

conservados en la Colección Nettie Lee Benson de la Universidad de Texas y parte de la “D” en un código misceláneo de la Biblioteca Nacional de México).<sup>11</sup>

La historia de la Academia de San Felipe Neri (apelativo, a mi parecer, más acertado que el de “Colegio” que figura en la traducción de 1986) corre en paralelo con la del Oratorio de San Felipe Neri del que, según apunta Eguiara, tomó el nombre porque tuvo en ella “sede por quince años desde su fundación hasta que fue trasladado a los claustros de la Universidad, en la que aún sigue vigente con el mismo nombre”.<sup>12</sup> Para Eguiara, no cabe la menor duda de que su fundador fue el padre Antonio Pignateli, presbítero de la congregación, quien se había formado en el Colegio Máximo de la Compañía de Jesús y que fue un prominente teólogo que llegó a dominar las enseñanzas de muchas escuelas.<sup>13</sup> La Academia funcionó primero como escuela de filosofía y, muy rápidamente, como lugar “para asentar maestros, quienes dos veces por semana acuden para ejercitarse en la palestra de escolástica y moral; tienen panegíricos sagrados en ciertos días, y se dedican otros al cultivo de la más fina literatura”.<sup>14</sup> Finalmente, no deja de subrayar Eguiara la calidad de la institución y la cantidad importante de egresados que ascendieron en la carrera eclesiástica o en la Universidad, tanto en órdenes religiosas como en la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri. Eguiara nos dice que en la *Bibliotheca mexicana* abundan libros escritos o publicados por miembros de dicha academia, aunque se pueden contar también entre las publicaciones que emanaron directamente de ella los *Elogia selecta* de Manuel García de Arellano —sobre los que volveremos un poco más adelante— o el recordatorio de su fundación y la mención a sus frutos hechas por Julián Gutiérrez Dávila en sus *Monumentos históricos de la Congrega-*



La historia de la Academia de San Felipe Neri corre en paralelo con la del Oratorio de San Felipe Neri del que, según apunta Eguiara, tomó el nombre porque tuvo en ella ‘sede por quince años desde su fundación hasta que fue trasladado a los claustros de la Universidad, en la que aún sigue vigente con el mismo nombre’



*ción del Oratorio de México*, publicado en 1736 (en el que, sin embargo, no da mucha más información que aquella proporcionada por Eguiara en una pequeña entrada estratégicamente ubicada al inicio de su repertorio bibliográfico).

Antes de analizar a detalle la forma en la que lleva a cabo Eguiara el retrato de su “familia” religiosa, me parece importante revisar algunas características de la Congregación en cuyo seno se originó esta academia que pronto —y tal vez por cuestiones de facilidad de acceso— se mudaría hacia donde se encontraban los estudiantes y profesores, es decir, al edificio de la Universidad. La Congregación de San Felipe Neri es una agrupación de clérigos seculares que decide vivir bajo la regla establecida por San Felipe Neri quien, preocupado por el estado de relajación moral de la curia romana, había conseguido del papa Gregorio XIII la autorización para erigir un “oratorio” en Roma, con sede en la iglesia de Santa María in Vallicella. En un interesante artículo que compara jesuitas y oratorianos, Perla Chinchilla Pawling y Antonio Rubial retrazan la historia de los oratorianos en México a una llegada bastante más tardía que los jesuitas: llegaron en 1651 a Puebla; mientras que para llegar a Ciudad de México, reconocen el esfuerzo grandísimo de Antonio de Benavides por formar una Pía Unión de San Felipe Neri que tardaría más de 40 años en recibir la consagración papal como Congregación. Dado que ésta llegó sin permiso de la Corona, también tomó tiempo y esfuerzos destrabar los bloqueos administrativos para funcionar plena y legalmente como Congregación.<sup>15</sup> Era, pues, una reunión de eclesiásticos distinta a otros institutos religiosos porque sus miembros no formaban provincia ni tomaban votos perpetuos. Sin embargo, formaban una verdadera corporación, con fiestas, templos y emblemas, e incluso una crónica propia que salió de la pluma de Julián Gu-

tiérrez Dávila. Además, su actividad pastoral fue muy similar a la de los jesuitas, puesto que se dedicaban a la predicación, a la dirección de conciencia y a la escritura devocional, con un interés por la academia que se podría considerar de cierta manera natural, tomando en cuenta que la gran mayoría de los oratorianos se formaron, de hecho, en colegios jesuitas. Finalmente, cabe destacar que, como lo dice el mismísimo Eguiara en uno de sus sermones más inspirados —el cual está dedicado a celebrar a San Felipe Neri y se titula *El ladrón más diestro de el espíritu religioso*—, el espíritu del Oratorio conjuntaba, en la enigmática visión de esfinge que dibuja el predicador, en una especie de esfinge el espíritu y el rostro de cuatro patriarcas: el rostro del buey (milagrosamente transformado en querubín) de san Francisco de Asís; el rostro del águila de san Agustín; el rostro del hombre del redentor de cautivos Pedro Nolasco y, finalmente, el rostro del león de Ignacio de Loyola,<sup>16</sup> conformando lo que Chinchilla y Rubial llaman “una versión mejorada del modelo mendicante”<sup>17</sup> que contaba —es preciso recordarlo— con una profusa biblioteca de la que Eguiara evidencia tener un profundo conocimiento.<sup>18</sup>

La pertenencia de Eguiara a la élite del clero secular y la falta de una información precisa sobre su posible pertenencia como miembro del Oratorio de San Felipe Neri no permiten tomar una postura tajante sobre esta adhesión. No cabe duda de que el Oratorio tuvo de raíz vínculos muy estrechos con la intelectualidad local y que el propio Eguiara mostró siempre una profunda devoción hacia el santo y un interés genuino por los pormenores de la Congregación.<sup>19</sup> Esto lo llevó a escribir la biografía de Pedro de Arellano y Sosa —sacerdote, confesor de sor Juana y primer prepósito de la Congregación de San Felipe Neri—, además de la responsabilidad de predicar todos los domingos las pláticas en el así

llamado “Oratorio Pequeño” a los congregantes eclesiásticos y seculares de San Felipe Neri. Sin embargo, queda claro por varios detalles que entresacamos de la vida de Eguiara que él residía en una casa propia, donde había instalado la Imprenta de la Bibliotheca Mexicana. Por lo que narra Andrés de Arce y Miranda en el prólogo al tercer tomo de sus *Sermones* —que vieron la luz en 1761 por el sello de la misma Imprenta de la Bibliotheca Mexicana eguiarensis y que fueron dedicados a Eguiara y Eguren— su casa era, como la Universidad, “escuela de sagrada erudición” a cuyas tertulias sobre teología escolástica, moral, predicación evangélica o “aquellas letras que llamamos humanas” asistían sujetos eruditos, reunidos alrededor de ricos banqueteros.<sup>20</sup> Además, en su relación de méritos de 1757 alude a las visitas casi diarias que hacía al Oratorio como externo.<sup>21</sup> También el apéndice VIII del tomo v de su edición contemporánea de la *Biblioteca mexicana*, mal intitulado *Monumenta*

*eguiarensis*,<sup>22</sup> ofrece una información de gran interés extraída del *Libro de actas del Oratorio* que fue proporcionado a Ernesto de la Torre por el padre Luis Ávila Blancas, bibliotecario y archivero de la pinacoteca del Oratorio de San Felipe Neri, en el que consta que, entre 1731 y 1736, fue muy importante en la vida organizativa de la Congregación la participación de tres hermanos de Eguiara y Eguren: Juan José, Rafael Agustín y Manuel Joaquín, un actuar que confirma la existencia de vínculos muy estrechos con la misma.<sup>23</sup>

Algunos otros testimonios son asimismo indicativos de la relevancia ininterrumpida de Eguiara como el animador de la Academia de San Felipe Neri, tanto en su ubicación original como después de la mudanza estratégica al edificio de la Universidad.<sup>24</sup> La primera evidencia es, sin duda, el apelativo “eguiariana” para la academia en cuyo seno se gestaron los

“  
Algunos otros testimonios son asimismo indicativos de la relevancia ininterrumpida de Eguiara como el animador de la Academia de San Felipe Neri...”

”

ELOGIA SELECTA  
È VARIIS,  
QUE MEXICÆARUM SCHOLARUM MORE  
AB ALUMNIS ACADEMIÆ  
S. PHILIPPI NERIJ  
ELABORATA SUNT, PRÆFIXAQUE  
THESISIBUS PROPUGNATIS,  
OLIM SPARSIM EDITA,  
COLLECTA MODÒ, NOTISQUE AUCTA  
AB IPSIUS ACADEMIÆ  
PRÆSIDE  
D. EMMANUELE GARCIA  
DE ARELLANO,  
Olim Regalis & Antiquioris S. Ildefonsi  
Collegij alumno, in iure Canonico Baccalaureo, in Philosophiâ Magistro, atque  
in Theologiâ Sacrà Licentiato, Primariæque  
hujus Facultatis Cathedra in Regia  
ac Pontificia Mexicana Academia ad  
quadricennium Moderatore.

MEXICI:  
Ex novâ Typographiâ editioni Bibliothecæ  
Mexicane destinatâ,  
Anno MDCCLV.

✠  
NUNCUPATIO.

DECORI SUO  
ET ORNAMENTO,  
Viro elogij dignissimo,  
Hunc elogiorum fasciculum,  
THEOLOGORUM ACADEMIÆ  
S. PHILIPPI NERIJ  
D. C. Q.  
NIMIRUM PROTECTORI SUO EGREGIO,  
qui ipsi primùm nomen  
suum dederat,  
¶ 2 dcin-

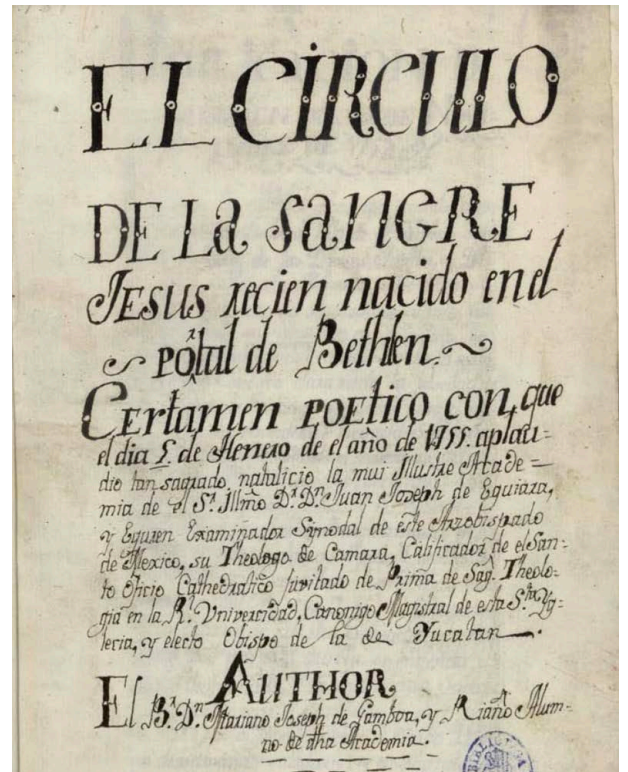
deinde verò fecit ei Nomen:  
Inde jure dicta *Eguiarana*. (1)  
Sed & adhuc Philippi ea manet:  
Novo enim tropo  
& loci & Nominis translatione (2)  
Academix factâ  
*Oratorium* redolet locum,  
suique retinet Nominis  
propriètatem.  
Nempè istud Protector ipse non  
abstulit, sed adauxit.  
At verò non solo Nominè,  
re quoque litteraria fecit eam  
crescere.  
Nec mirum si Academici per eum  
juvenes adoleverint,  
per quem Seniores vidimus  
juvenescere:  
Augustinum, Lombardum,  
Antiquos Patres,  
quos ille (*de thesauro suo profertens  
nova et vetera* (3))  
Novis ita doctrinis explicat, (4)  
ut

Portada y nuncupatio de los *Elogia selecta* de Manuel García de Arellano (México, Imprenta de la Bibliotheca Mexicana, 1755).



*Elogia selecta* que fueron reunidos por su entonces presidente Manuel García de Arellano y publicados por el sello de la Imprenta de la Bibliotheca Mexicana más o menos al mismo tiempo que ésta se dedicaba a imprimir los pliegos del primer volumen de la *Bibliotheca mexicana*, entre 1754 (año que menciona Eguiara como pie de imprenta en la entrada de la Academia de San Felipe Neri) y 1755 (año que ostenta efectivamente la portada del impreso de los *Elogia*). Estos elogios eran hojas impresas que anunciaban actos académicos y contenían datos del mecenas, la composición latina, la dedicatoria y los datos del trabajo defendido, y Manuel García de Arellano se dio a la tarea de reunirlos en un solo volumen en cuyo paratexto preliminar solemnemente intitulado “Nuncupatio”, poema votivo dedicado a Eguiara, afirma que este destinatario (“viro elogii dignissimo”, caballero muy digno de elogios, y “egregio suo protectori”, su distinguido) es quien le dio el nombre y por ello es justo que sea llamada la academia “eguiariana” (“iure dicta eguiariana”). Además, no deja de insistir sobre el hecho de que, aunque como sede el Oratorio es un recuerdo de antaño (“Oratorium redolet locum”), es importante señalar que conserva las propiedades de su nombre (“suique retinet nominis proprietatem”).

La segunda evidencia está contenida en la portada de uno de los certámenes poéticos de Navidad que, por derroteros extraños que hasta ahora no hemos logrado averiguar, se encuentra actualmente conservado en la Biblioteca Nacional de España. Sobre *El círculo de la sangre* dice la portada, después del título, que es un “certamen poético con que el día 5 de enero del año de 1755 aplaudió tan sagrado natalicio la muy ilustre Academia del Señor Ilustrísimo Doctor Don Juan Joseph de Eguiara y Eguren [...]”.



*El círculo de la sangre*. Ms. 3774 de la Biblioteca Nacional de España.

Bajo la responsabilidad como compilador de Mariano José de Gamboa y Riaño, alumno de esta academia, el poemario presenta composiciones de unos 15 eruditos, la mayor parte de ellos alumnos, pero entre los cuales se cuenta, por ejemplo, con uno de los personajes que Stuart McManus ha tomado como eje central para su análisis sobre la sociabilidad erudita en Ciudad de México durante el siglo XVIII: Cayetano Cabrera y Quintero, el miembro sin duda más longevo de la Academia de San Felipe Neri y, para retomar la metáfora del título de este texto, aquel que no podía faltar en ninguna fotografía. Autor prolífico —aunque una parte importante de su obra permaneció en manuscritos que la Biblioteca Nacional de México bajo el título de *Borradores de Cabrera*—, Cabrera es descrito por Eguiara como el que “durante mucho tiempo asistió a la Academia de San Felipe

Neri, hacía tiempo fundada como palestra de las bellas artes oratorias y de otras muchas facultades, que él, en casa y fuera de ella, adquirió con mucho esfuerzo”.<sup>25</sup> Subraya su gran conocimiento de las lenguas latina, griega y hebrea y su posesión de “la más exquisita cultura que ha adquirido y que hasta el presente tiempo gasta en su actividad espiritual y recta amonestación de las costumbres”.<sup>26</sup> Para evitar la proclividad a seguir con las alabanzas, Eguiara termina abruptamente con la siguiente frase: “Por esta razón, y por la amistad que media entre nosotros, daremos de mano paso a los elogios y solamente indicaremos sus obras impresas o todavía inéditas que, todavía muy joven, dictó a sus alumnos de filosofía y teología”.<sup>27</sup> De esta amistad confesada no queda, por supuesto, huella en la noticia que le dedica Beristáin al erudito dieciochesco. Para Beristáin, Cabrera fue “tan erudito en las ciencias sagradas como en las letras profanas” y “fomentó con su exemplo la Academia de San Felipe Neri e incansable en los ejercicios eclesiásticos y en los trabajos literarios”; los 70 años que median entre él y Eguiara le permiten añadir además que “murió después de 1774”, y ni una palabra más.<sup>28</sup>

Es también la amistad la que lleva a Eguiara a levantar la pluma para no seguir hablando de otro Cayetano: Cayetano Torres, miembro y prefecto de la Academia de San Felipe Neri y el fundador de lo que sería la primera biblioteca pública de Ciudad de México, la Turrana. Escribe sobre él, después de apuntar que fungió como presidente de la Academia de San Felipe Neri, que: “[...] se afana simultáneamente en muchos menesteres eclesiásticos y académicos. Y sobre esto no diremos más, dada la amistad que nos obliga con él, tan enemigo como es de toda alabanza”.<sup>29</sup> Como en el caso anterior, la noticia transmitida por Beristáin sólo hace una breve mención a que “su virtud, prudencia y celo eclesiástico fueron

iguales a su doctrina, erudición y literatura”, además de la mención a la donación de su biblioteca, 30 años posterior a la muerte de Eguiara.<sup>30</sup>

De Bartolomé de Ita y Parra, Eguiara comenta que al inscribirse como alumno de Teología en la Universidad también se inscribió en la academia recién erigida en la casa del Oratorio y que “con estudios y aplicación continuas así en los secretos de la Teología como en la bella literatura y la oratoria, llegó a ser digno de alabanza nada común”.<sup>31</sup> Y así opina sucesivamente de Anselmo de la Peña, Juan Antonio Rojas y Juan Ubaldo de Angunta Sandoval y Rojas, otros miembros asiduos de la Academia de San Felipe Neri.

“Ejercicios literarios”, “amena erudición”, “más exquisita cultura” o “bella literatura” son expresiones de lo que Eguiara describió, en la segunda entrada de la *Bibliotheca mexicana* intitulada Academia de San Felipe Neri, como la función esencial de la institución que fungió, desde sus inicios “para asentar maestros, quienes dos veces por semana acuden para ejercitarse en la palestra de escolástica y moral; tienen panegíricos sagrados en ciertos días, y se dedican otros al cultivo de la más fina literatura”.<sup>32</sup> Todos estos trabajos, lejos de la aridez de los escolásticos, permitían que los alumnos y maestros que se codeaban en la academia convivieran con bonhomía y descansaran, coqueteando con las musas, de los ejercicios de retórica sacra.

Así, el reconstruir ciertas comunidades intelectuales mediante una mirada transversal de nuestra primera gran bibliografía mexicana, abre la posibilidad de recrear —reuniéndolos en contra del esperado orden alfabético— el cliché de una gran familia cuya vida se extendió lo que vivió su animador, Juan José de Eguiara y Eguren. Es ésta una de las motivaciones de peso para seguir



Es la amistad la que lleva a Eguiara a levantar la pluma para no seguir hablando de Cayetano Torres, miembro y prefecto de la Academia de San Felipe Neri y fundador de lo que sería la primera biblioteca pública de Ciudad de México, la Turrana.





trabajando en nuestra edición crítica digital de la *Bibliotheca mexicana* y la herramienta de integración de la bibliografía mexicana colonial de la que esperamos pronto hacer partícipes a los lectores interesados en el patrimonio bibliográfico virreinal.<sup>33</sup>

## Notas

- <sup>1</sup> José Mariano Beristáin de Souza, *Biblioteca hispano americana septentrional* (México: [Alejandro Valdés], 1816), 447.
- <sup>2</sup> La “Academia mexicanensis” aparece en la edición de 1755 justo del triple escudo inicial (Juan José de Eguiara y Eguren, *Bibliotheca mexicana sive eruditorum historia virorum, qui in America Boreali nati, vel alibi geniti, in ipsam domicilio aut studiis asciti, quavis lingua scripto aliquid tradiderunt* [...], Mexici, Ex nova typographia in aedibus authoris editioni eiusdem Bibliothecae destinata, 1755) y la subsecuente “Academia Sancti Philippi Nerii Mexicea” se encuentra respectivamente en la página 1 y 7 de dicha edición; para la traducción, véase Juan José de Eguiara y Eguren, *Biblioteca mexicana*, prólogo y versión de Benjamín Fernández Valenzuela, estudio preliminar, apéndice y notas de Ernesto de la Torre Villar (México: UNAM, 1986), respectivamente 203 y 215.
- <sup>3</sup> Juan José de Eguiara y Eguren, *Prólogos a la Bibliotheca mexicana*, nota preliminar de Federico Gómez Orozco, versión española anotada de Agustín Millares Carlo (México: FCE, 1986), p. 209.
- <sup>4</sup> *Ibid.*, 211.
- <sup>5</sup> *Ibid.*, 217.
- <sup>6</sup> Ambas definiciones en *Diccionario de la lengua castellana en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad con las frases y modos de hablar, los proverbios o refranes y otras cosas convenientes al uso de la lengua* [...], compuesto por la Real Academia Española, Tomo 1, Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1726, s. v. Academia.
- <sup>7</sup> El título completo de la portada dice, en latín: BIBLIOTHECA | MEXICANA | SIVE | ERUDITORUM HISTORIA VIRORUM, | qui in America Boreali nati, vel alibi geniti, in ipsam Domicilio aut Studiis asciti, quavis lingua scripto | aliquid tradiderunt: | Eorum praesertim qui pro Fide Catholica & Pietate amplianda fovendaque, egregie factis & quibusvis Scriptis floruerunt editis | aut ineditis.
- <sup>8</sup> Según Roberto Heredia, “al añadirles [a las *Selectae dissertationes mexicanae*] el adjetivo ‘mexicanae’ Eguiara no sólo no define los temas, sino que los oscurece. En efecto, se trata de una obra de estudios teológicos y teojurídicos que no hacen referencia inmediata a México ni tendrían por qué hacerlo. Parece razonable pensar que el título refleja ya los afanes que lo impulsaron en la composición de la *Bibliotheca mexicana*”. Prólogo a las “Selectas disertaciones mexicanas”, en Ernesto de la Torre Villar, ed., *Juan José de Eguiara y Eguren y la cultura mexicana* (México: UNAM, 1998), 53.
- <sup>9</sup> En el texto latino alude al “geographicus usus, qui Americam septentrionalem, ab urbe eius primaria et inclyta mexicanam appellat”; Juan José de Eguiara y Eguren, *Prólogos a la Bibliotheca mexicana*, 206.
- <sup>10</sup> Jorge Alberto Manrique recuerda en su capítulo “Del Barroco a la Ilustración”, en la *Historia general de México* (México: Colmex, 2000), que “la vida de la *Academia mexicanensis* estaba ligada en todo y por todo a la misma ciudad de México, incluso en su afán de preeminencia y de jurisdicción territorial”, 449.
- <sup>11</sup> Para más información sobre la génesis textual y la historia editorial de la *Bibliotheca mexicana*, remito al lector a mi artículo “La realidad y el deseo: la accidentada historia editorial de la *Bibliotheca mexicana* de Eguiara y Eguren y de la Biblioteca hispanoamericana septentrional de Beristáin”, *Ogigia*, núm. 28 (2020), 165-222 (disponible en: <https://revistas.uva.es/index.php/ogigia/article/view/4372>).
- <sup>12</sup> Traducción en *Biblioteca mexicana*, 215a; el texto latino dice: “nomen sortita est ab aedibus Congre-

gationis Oratorii, in quibus condita annos supra 15 egit, donec in atria Universitatis translata fuit” (*Bibliotheca mexicana*, 11b).

- <sup>13</sup> Como lo dice en el texto latino, “Theologia operam dederat in gymnasium Universitatis strenuam adeo, ut triplicis Scholae doctrinam thomistarum, scotistarum et jesuitarum penitissime excoluerit, gradumque retulerit” (*Bibliotheca mexicana*, 12a); en la traducción: “entregado al estudio de la teología con una abnegación tan extrema que llegó a dominar por el cabo la escuela tomista, la escotista y la jesuítica, y obtuvo grado académico de ello” (215b).
- <sup>14</sup> En la traducción, 215b; el texto latino dice: “Hoc authore Academia nostra condita fuit, primum ad culturam Philosophiae, mox vero pro Theologia professoribus, qui bis in hebdomada convenientes Scholasticis et Moralibus se exercent dimicationibus, panegirica sacra statis diebus habent, atque aliis pro amoenioribus litteris excolendis dant operam” (12b).
- <sup>15</sup> Perla Chinchilla Pawling y Antonio Rubial, “Jesuitas y oratorianos”, *Historia y Grafía*, núm. 51 (2018) 181-213.
- <sup>16</sup> Juan José de Eguiara y Eguren, *El ladrón más diestro de el espíritu religioso: el gran patriarca San Felipe Neri. Panegírico* (México: En la Imprenta Real del Superior Gobierno, 1733), [4]-[5].
- <sup>17</sup> Chinchilla y Rubial, “Jesuitas y oratorianos”, 91.
- <sup>18</sup> Para un análisis riguroso de la biblioteca del Oratorio en Ciudad de México, véase el artículo de Erika González León, “La biblioteca de la Congregación de San Felipe Neri en la Ciudad de México”, *Bibliographica*, vol. 5, núm. 1 (2022): 223-248.
- <sup>19</sup> Apunta al respecto Rafael García Castañeda “si bien es cierto que la Congregación del Oratorio en Europa y en América nunca fue una colectividad numerosa, esta cantidad de presbíteros seculares en estas tres casas oratorianas hace pensar que su labor, más allá de la administración de sacramentos y asistencia espiritual, fue muy limitada”; y que, en cambio, en Ciudad de México en sus 40 años de existencia la “Sagrada Unión de Clérigos Presbíteros del Oratorio de Nuestro Glorioso padre San Felipe Neri” logró reunir en su seno “lo más ilustre del clero secular capitalino y de otras provincias novohispanas”. Como evidencia de estos vínculos estrechos del Oratorio con la élite intelectual y artística novohispana, García Castañeda alude a la carta que redactó en 1747 para apoyar a Eguiara en su candidatura a la canonjía magistral, un escrito que pone de manifiesto las relaciones de amistad entre este destacado universitario y los filipenses de la capital del Virreinato; en “Ilustración y educación. La Congregación del Oratorio de San Felipe Neri en Nueva España (siglo XVIII)”, *Historia y Crítica*, núm. 59 (2016): 152-153.
- <sup>20</sup> Andrés Arce de Miranda, *Sermones varios. Tomo tercero dedicado al Señor Doctor Don Juan José de Eguiara y Eguren* (México, Imprenta de la Bibliotheca Mexicana, 1761), [3].
- <sup>21</sup> En la Relación de méritos firmada en Madrid por Pedro de la Vega el 8 de julio de 1757, que reproduce Agustín Millares Carlo en sus *Cuatro estudios biobibliográficos mexicanos*, se afirma acerca de la carta enviada por la Congregación del Oratorio en 1747 que en ella consta que esta congregación le debe mucho al eclesiástico “por haber sido uno de los que más ha promovido su instituto y escrito varios tomos concernientes a ella, fomentando en gran parte la Cofradía de la Doctrina Cristiana, sita en la iglesia del propio oratorio y continuando la asistencia a aquella casa, yendo de 38 años a aquella parte casi todo los días y aun por la noche a ayudar en los ejercicios que allí se practican y predicado muchas pláticas” (México: FCE, 1986), 270-271.
- <sup>22</sup> Sobre lo poco afortunado del título remito al artículo de Bulmaro Reyes Coria, “Ediciones victimadas VIII”, *Estudios*, núm. 8 (2010), 93.
- <sup>23</sup> Ernesto de la Torre Villar, “Apéndice VIII”, en Juan José de Eguiara y Eguren, *Bibliotheca mexicana. Tomo V: Monumenta eguiarense* (México: UNAM, 1989), 455-501.
- <sup>24</sup> Véase arriba, nota 12.

- <sup>25</sup> *Bibliotheca mexicana*, t. 2, 705a; el texto latino dice “Academiam Sancti Philippi Nerii pro theosophicis exercitationibus panegyrisque juxta et pulcherrimis aliis elucubrationibus pridem conditam plures annos adivit, domique et foris pro multa eruditione variaque comparanda laboravit” (*Bibliotheca mexicana*, 456b).
- <sup>26</sup> *Bibliotheca mexicana*, t. 2, 705b; en el texto latino: “diu imbiberat diviniore litteras, itemque expectantes ad mores, usui in praesentiarum habet” (*Bibliotheca mexicana*, 457a).
- <sup>27</sup> *Bibliotheca mexicana*, 705b; en el texto latino: “cuius subinde causa et consuetudinis quae nobiscum intercedit, elogio parcimus indicamusque opera et typis commissa et adhuc inedita quibus etiam iuvenis et philosophicis ac theologis vacans studiis operam dedit” (*Bibliotheca mexicana*, 457a).
- <sup>28</sup> Beristáin, t. 1, 230.
- <sup>29</sup> *Bibliotheca mexicana*, t. 2, 712b; “insimul multisque aliis ecclesiasticis et academicis curis insistens. Et de his quidem hactenus, necessitudine, qua ipsum attingimus, eius laudibus obsistente” (*Bibliotheca mexicana*, 463b).
- <sup>30</sup> José Mariano Beristáin de Souza, *Biblioteca hispano americana septentrional. Tomo III* (México, Alejandro Valdés, 1821), 210-211.
- <sup>31</sup> *Biblioteca mexicana*, 644b; en el texto latino: “Theologorum albo adscriptus in ipsa alma Parente Academia Mexicea, nascenti tunc in aedibus Oratorianis, quae propterea etiamnum audit sancti Philippi Nerii, Academie nomen itidem dedit et jugi studio ac exercitatione cum in theosophiae abditis, tum etiam in amoeniori literatura dicendi que facultati, vulgare minime, laude dignus evasit” (*Bibliotheca mexicana*, 402a).
- <sup>32</sup> Véase arriba, nota 14.
- <sup>33</sup> Este proyecto que verá pronto la luz fue financiado gracias al Programa de Apoyos para Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT IN402919) titulado *Bibliografía de bibliografías: hacia la construcción de un modelo para la historia y la edición digital de obras maestras de la Bibliografía mexicana. La Bibliotheca mexicana de Eguiara y la Biblioteca hispanoamericana septentrional de Beristáin* bajo la responsabilidad de Pablo Mora y mía.

## Bibliografía

- Beristáin de Souza, José Mariano. *Biblioteca hispano americana septentrional*. México: [Alejandro Valdés], 1816.
- Beristáin de Souza, José Mariano. *Biblioteca hispano americana septentrional. Tomo III que contiene las letras R.S.T.V.U.X.Y.Z.* México, Alejandro Valdés, 1821.
- Chinchilla Pawling, Perla y Antonio Rubial. “Jesuitas y oratorianos”. *Historia y Grafía*, núm. 51 (2018): 181-213.
- Eguiara y Eguren, Juan José de. *Bibliotheca mexicana sive eruditorum historia virorum, qui in America Boreali nati, vel alibi geniti, in ipsam domicilio aut studiis asciti, quavis lingua scripto aliquid tradiderunt* [...]. Mexici: Ex nova typographia in aedibus auctoris editioni eiusdem Bibliothecae destinata, 1755.
- Eguiara y Eguren, Juan José de. *El ladrón más diestro de el espíritu religioso: el gran patriarca San Felipe Neri. Panegírico*. México: Imprenta Real del Superior Gobierno, 1733.
- Eguiara y Eguren, Juan José de. *Prólogos a la Biblioteca mexicana*. Nota preliminar de Federico Gómez Orozco, versión española anotada de Agustín Millares Carlo. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- García Castañeda, Rafael. “Ilustración y educación. La Congregación del Oratorio de San Felipe Neri en Nueva España (siglo XVIII)”. *Historia y Crítica*, núm. 59 (2016): 145-164.
- Godinas, Laurette. “La realidad y el deseo: la accidentada historia editorial de la *Bibliotheca mexicana* de Eguiara y Eguren y de la *Biblioteca hispano americana septentrional* de Beristáin”. *Ogigia*, núm. 28 (2020): 165-222.



González León, Erika. “La biblioteca de la Congregación de San Felipe Neri en la Ciudad de México”. *Bibliographica* 5, núm. 1 (2022): 223-248.

Heredia Correa, Roberto. “El prólogo a las Selectas disertaciones mexicanas”. En Ernesto de la Torre Villar, editor. *Juan José de Eguiara y Eguren y la cultura mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, 53-87.

Manrique, Jorge Alberto. “Del Barroco a la Ilustración”. En *Historia general de México. Versión 2000*. México: El Colegio de México, 2000, 431-487.

Millares Carlo, Agustín. *Cuatro estudios biobibliográficos mexicanos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

Reyes Coria, Bulmaro. “Ediciones victimadas VIII”. *Estudios*, núm. 8 (2010): 159-168.

Torre Villar, Ernesto de la. “Apéndice VIII”. En Juan José de Eguiara y Eguren. *Bibliotheca mexicana. Tomo V: Monumenta eguiarense*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, 455-501.

